CERVANTES Y EL INCA GARCILASO EN EL CUARTO CENTENARIO

CONCEPCIÓN VALVERDE FERRER

IES Juan de Mairena

No quiero comenzar sin antes reparar en el fuerte valor simbólico que adquiere que estemos dedicando este congreso a Cervantes, precisamente desde una antigua cárcel. Continente y contenido parecen unirse perfectamente en este homenaje.

Desde la primavera de este año se están celebrando dentro y fuera de nuestro país numerosos actos para conmemorar el cuarto centenario de la muerte tanto de Miguel de Cervantes como del Inca Garcilaso de la Vega, ya que se da la extraordinaria circunstancia de que ambos murieron con pocas horas de diferencia y en las dos biografías se ha acogido el 23 de abril como fecha del deceso. Pero lo que no se ha hecho en ningún caso es aprovechar esta incidencia cronológica para homenajearlos conjuntamente. Lo más cerca que han estado el uno del otro fue en la Biblioteca Nacional de Madrid, cuando sus respectivas exposiciones convivieron durante un par de meses, en salas diferentes, por supuesto.

Si Cervantes es el gran escritor de la lengua castellana, si a nuestra lengua se la conoce también como "la lengua de Cervantes", no es menos cierto que el Inca Garcilaso de la Vega complementa a la perfección la tarea cervantina, ya que los dos hacen del español una lengua trasatlántica.

Cervantes y el Inca son dos renacentistas que escriben en un tiempo complejo. Y lo hacen siempre desde la libertad, huyendo tanto del dogmatismo, como de los prejuicios. Los dos asumen la difícil tarea de dar voz a los que no la tienen. Su mirada, siempre abierta y plural, se nos muestra a través de un ejercicio de honestidad literaria admirable. Utilizando la imagen que nos ofrece el poeta nicaragüense Julio Valle Castillo, podíamos decir que Miguel de Cervantes y el Inca Garcilaso de la Vega hacen del Atlántico *un mar de tinta*.

Pretendo en los próximos minutos acercarles a algunos puntos de conexión entre ellos que justifican, a mi juicio, la necesidad de revisar conjuntamente a estos dos escritores, que, como ya he señalado, son los primeros que dan a nuestra lengua

y cultura su dimensión panhispánica.

A la hora de nacer ocho años los separan. El Inca lo hace en el Cuzco recién conquistado por la Corona, en 1539, y Miguel de Cervantes, como bien saben, lo hará en Alcalá de Henares en 1547. Pero, a pesar de esta inicial diferencia espacial y temporal, los dos son hijos de un mismo tiempo, que definirá su común visión del mundo y de la literatura.

Merece la pena reparar un momento en la singularidad que nos ofrece el Inca en cuanto a su origen, ya que podemos decir sin parecer grandilocuentes que él es el fruto del encuentro de dos imperios.

Su madre, la princesa incaica Isabel Chimpo Ocllo, era nieta del gran emperador Inca Túpac Yupanqui, sobrina del Inca Huayna Cápac y prima de Atahualpa, el último emperador inca, al que Francisco Pizarro arrebataría el imperio, aprovechando la guerra civil a la que este había llevado a su pueblo.

Su padre fue el capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega, en cuyo ilustre árbol genealógico figuran tres de los más grandes escritores castellanos: el poeta toledano de la corte de Carlos V del mismo nombre, del que era sobrino nieto, así como, en anteriores estadios, el Marqués de Santillana y Jorge Manrique.

Aquel niño tímido y reservado fue uno de los primeros mestizos y criollos del Nuevo Mundo. Por deseo de su padre fue bautizado como Gómez Suárez de Figueroa, lo que no impidió que se criara inmerso a la vez en esos dos fascinantes mundos, a los que pertenecía por igual.

De boca de los parientes de su madre conoció la historia de los incas, supo de sus dioses y costumbres y del orden moral y social que su estirpe impuso en aquel vasto imperio. Todo aquello que le enseñaron nos lo contará detallada y reflexivamente en la primera parte de *Los Comentarios reales de los Incas*.

Con su madre y los parientes de esta hablaba en quechua y con el capitán Garcilaso y los clérigos que lo educaron cristianamente, aprendió el castellano y se adentró en el conocimiento del Latín. Sus condiscípulos de aquellos primeros años fueron otros ilustres mestizos, entre los que se encontraban los hijos de los Pizarro, así como los de otros importantes capitanes españoles. Su padre también le inició en el mundo ecuestre e hizo de él un excelente jinete. La pasión por los caballos lo acompañará siempre.

De niño, asiste a los duros enfrentamientos que se producen en el Cuzco entre

las facciones de los pizarristas y los almagristas. Son años sangrientos y convulsos que luego reflejará en la segunda parte de los *Comentarios reales,* que lleva por título *Historia general del Perú.*

Muere su padre cuando él tiene veinte años y en su testamento le deja una fuerte suma de dinero -4000 pesos de oro- para que venga a estudiar a España. No duda un instante en cumplir los deseos paternos y se embarca en un viaje del que nunca regresará a su amado Cuzco.

Este hecho lo convierte en el primer escritor americano afincado en Europa.

Una vez en España, como le ocurriera a Miguel de Cervantes, pero de forma más anodina y en absoluto heroica, también siente la llamada de las armas, por lo que participa en la Guerra de las Alpujarras. Ello le hará obtener el título de capitán de manos de Felipe II. Son tan solo dos años de vida militar, de la que parece no sentirse muy orgulloso. Quizá ello se deba a que no tuvo una participación activa en el campo de batalla, siendo su labor más bien de intendencia en la retaguardia.

Tras esta breve tentativa militar se dedicará por completo, primero en la casa de su tío en Montilla y luego en Córdoba, al estudio y a la escritura.

En las dos biografías observamos que nuestros dos soldados en un momento determinado parecen tener claro que la literatura representa su destino y a ello se dedicarán intensamente de ahí en adelante.

Si repasamos la producción de ambos escritores veremos que *La Galatea* (1585) y la traducción de *Los diálogos de amor de León Hebreo* (1590), que son respectivamente sus primeras obras, reflejan una marcada influencia neoplatónica. Los dos aprovechan su salida al terreno literario para definir tanto su estética como su ética, a partir de los principios del Humanismo, que tan bien conocen y tan apasionadamente los dos suscriben.

En una especie de reivindicación de su origen, precisamente en una España traumatizada por la limpieza de sangre, Gómez Suárez de Figueroa adopta el nombre de Inca Garcilaso de la Vega, dejando con ello clara y orgullosa constancia de su mestizaje. En numerosas ocasiones alude en los *Comentarios reales* al hecho de que él conoce de primera mano la historia de su pueblo, a través de una expresión que era nada menos que la acusación que la Inquisición hacía a los conversos. Ajeno a este uso inculpador de la afirmación: "*Yo lo mamé en la leche*", con frecuencia el Inca la usará, en un claro gesto de defensa de su criollismo.

Por su parte, Miguel de Cervantes también modificará su nombre de escritor al añadir a su patronímico el de Saavedra. Según sus biógrafos, lo toma de un pariente lejano, al que conoció -un tal Gonzalo de Cervantes Saavedra, poeta como él y que también combatió en Lepanto-. A este dato hay que añadir el resultado de una reciente investigación de Luce López Baralt, que ha permitido documentar la forma "Shaibedraa" ("brazo defectuoso") propia del argelino dialectal, que sin duda alguna debió de oír Cervantes, en más de una ocasión, como insulto a su manquedad. El cruce entre Saavedra y Shaibedraa supone, según Canavaggio "la síntesis de un conflicto emocional en su reivindicación de una identidad ambigua".

Queda claro que lo que para los demás pueda parecer ofensivo y hasta degradante, para nuestros autores supone una manera de reivindicar abiertamente su compleja identidad.

En 1595 los dos coinciden de forma circunstancial en Córdoba, ciudad en la que vive el Inca y que Cervantes visita como recaudador de fondos para la Corona. Para entonces el autor del *Quijote* ya había leído su traducción de León Hebreo. No ha trascendido el alcance de este encuentro, pero sin duda que cada uno de ellos debió de reconocerse en el otro.

1605 será el año en el que vean la luz, tanto la *Primera parte del Quijote,* como *La Florida del Inca.*

Para este primer trabajo, no ya de traducción sino de creación, el Inca elige de entre todas las grandes conquistas que protagonizaron los españoles en América la que supuso el más sonoro de todos los fracasos: la expedición de Hernando de Soto a La Florida. ¿Por qué decide contar esta calamitosa aventura?

Hay una circunstancia que lo justificaría: su amistad con el capitán Gonzalo Silvestre, que fue uno de los pocos supervivientes de aquella fallida expedición. Al capitán lo conoce, pasados unos años, en el Cuzco, en casa de su padre, y más tarde coincidirán en España, primero en la corte y después en la provincia de Córdoba.

Como los dos viven muy cerca -el Inca en Montilla y Silvestre en Posadas- nuestro escritor no dudará en recorrer frecuentemente las veinte leguas que separan ambos municipios para entrevistarse con su valiosa fuente.

¿Será esta la única razón por la que el Inca aborda la crónica de esta compleja y derrotada aventura? No parece que así sea para la mayoría de los críticos, que no consideran esta elección casual, sino que la sitúan dentro de un planteamiento bastante *moderno,* al que se define como *la estética del fracaso*.

Siguiendo esta línea de análisis, podemos afirmar que la redacción de esta crónica le permite a su autor poner de manifiesto el desencuentro inevitable de esos dos mundos que, a lo largo de toda su obra, se afanará en retratar de forma tan ecuánime. Desde sus primeras páginas nos muestra a los conquistadores inmersos en una aventura que no lleva a ninguna parte y a los indios, desubicados ante la sorpresa que les procura lo desconocido.

Ni en esta, ni en sus restantes crónicas, será el Inca partidista. Nunca establece de antemano que unos sean los buenos y otros los malos por pertenecer a uno u otro grupo, sino que va viendo cómo se suceden indistintamente en ambos sectores, tanto los comportamientos nobles, como los más abyectos y crueles.

Hernando de Soto no se desprenderá de su altura como guerrero por el hecho de que sea derrotado. Por el contrario, se va volviendo cada vez más grande, a medida que la fatalidad se cierne sobre su aventura, hasta llegar al momento cumbre del relato, cuando pierde la vida a orillas del Misisipi y sus hombres lo entregan al cauce del río, para evitar que sus enemigos profanen su cuerpo.

No cabe duda de que en esta crónica lo que le interesa al Inca es reflejar un modelo de caballero, curiosamente muy próximo al patrón medieval.

Generoso con sus súbditos y paradigma del buen gobernante, Hernando de Soto se va dibujando a lo largo de esta crónica como un caballero esforzado, siempre dispuesto a cumplir con su misión, aunque en ello le vaya la vida.

Y si hablamos de fracaso no podemos eludir el que protagoniza, ya desde el inicio de la narración, ese esforzado y valeroso hidalgo manchego, que pretende salvaguardar los principios de la Caballería Andante, en un mundo que en absoluto se corresponde con aquellos altos valores que él defiende denodadamente.

Por tanto, estas dos obras nos muestran un mundo en conflicto, una realidad que no se ajusta a los ideales que defienden sus protagonistas y que, inevitablemente, los hará a los dos fracasar.

Tanto en la obra de Cervantes, como en la del Inca, la realidad se vuelve compleja y plural e inevitablemente ellos, sus narradores, tendrán que ofrecer al lector los variados y sutiles puntos de vista necesarios para su comprensión. El perspectivismo siempre estará presente en ellos, así como la más exaltada defensa de la tolerancia y la pluralidad.

El afán constante del Inca Garcilaso por mostrar esos dos mundos, a los que pertenece por igual, como nobles y valiosos, se corresponde con el afán de Cervantes por defender durante toda su obra la validez de las dos visiones del mundo que nos ofrecen don Quijote y Sancho.

Como si se hubiese contagiado del espíritu de don Quijote, el Inca Garcilaso de la Vega manifiesta constantemente en su obra un profundo rechazo del conformismo doctrinal, que le hará tomar partido por todos los vencidos. Al igual que Cervantes, pretende ser la voz de la que no la tienen. Y no solo me refiero a los indios, tanto andinos como del resto de América, sino que también le presta su voz a los conquistadores, a los que la Corona demostró una profunda ingratitud, al despreciarlos después de haberlos utilizado para sus fines imperialistas.

De este desmedido desprecio supo mucho, nuestro cronista, no solo personalmente sino a través de los testimonios de algunos de ellos, a los que conoció en sus horas más bajas en el hospital cordobés Antón Cabrera, del que fue mayordomo durante tres años. En aquel lugar, el Inca Garcilaso pudo comprobar personalmente que la verdadera causa de muerte de aquellos curtidos hombres no era otra que la melancolía. Al proponerse rehabilitar la memoria de esos viejos y desengañados soldados, es consciente de que está luchando contra el olvido. Y si la melancolía parece ser la enfermedad mortal de los conquistadores, también lo es para don Quijote, que muere aquejado de ella tras su derrota en la playa de la Barceloneta, al saberse incapaz de seguir cumpliendo con su destino de caballero andante.

Lo mismo que don Quijote resultaba extraño e inexplicable a todos aquellos a los que su figura sorprendía por ventas y caminos, así Hernando de Soto y sus hombres debieron de dejar desconcertados a aquellos indios a los que iban encontrándose por las pantanosas y difíciles tierras de La Florida.

Curiosamente, Cervantes y el Inca vuelven a coincidir en otra fecha de publicación ya que sus últimas obras, el *Pesiles* y *La historia General del Perú,* verán la luz póstumamente, ambas en 1617.

En el aspecto personal, al margen de las notables diferencias de sus respectivas biografías, los dos también sufrieron el desprecio de la Administración cuando se acercaron a ella para reclamar lo que les correspondía.

En el caso de Cervantes, un puesto en las Indias, en recompensa por los servicios prestados como soldado. Hasta en tres ocasiones le denegaron dicha petición.

El Inca, por su parte, pretendía obtener el reconocimiento económico a los servicios prestados por su padre en el Perú. Pero también a él se le denegó repetidas veces esa demanda, ya que pendía sobre el capitán Garcilaso de la Vega la acusación de haberle prestado su caballo a Gonzalo Pizarro en la batalla de Huarina.

Si la Administración le hubiera hecho caso, Miguel de Cervantes hubiese acabado, como hizo Mateo Alemán, viviendo en ese Nuevo Mundo que vio nacer al Inca Garcilaso y los dos hubiesen cruzado sus destinos vitales.

El Inca prepara su muerte con tiempo y en 1612 adquiere una capilla en la catedral cordobesa, antigua mezquita hecha como réplica del templo de Salomón. Quizá quiso con ello ser enterrado en un lugar que semejaba al Templo del Sol de los Incas. Cervantes no pudo cuidar estos detalles tan costosos. Una fosa común le espera, como ejemplo final del trato igualador que nos procura a todos la muerte.

En ese trance final pocas horas separan a los dos escritores que proyectan la riqueza de sus miradas sobre nuestra lengua y la convierten, como señalé al principio, en esa gran lengua de cultura de la que todos disfrutamos.

No quiero concluir sin recordar a otro escritor imprescindible, del que este año se cumple el primer centenario de su muerte. Me refiero a Rubén Darío.

A lo largo de toda su obra, Rubén manifiesta su exaltada defensa de lo hispano utilizando para demostrar su vigor, tanto la imagen de don Quijote como la del indio. Cervantes y el Inca convergen, pues, en su mirada de manera admirable, porque Rubén sabe que los verdaderos conquistadores del Nuevo Mundo fueron en realidad los escritores, como bien señala otro gran poeta, Pablo Neruda, en este fragmento:

> Qué buen idioma el mío, qué lengua heredamos de los conquistadores torvos…Esos que andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo… Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas… Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes… el idioma. Salimos perdiendo… Salimos ganando… Se llevaron el oro y nos dejaron el oro… Se lo llevaron todo y nos dejaron todo… Nos dejaron las palabras.

BIBLIOGRAFÍA

Blanco-Fombona, R. *El conquistador español.* Madrid: Editorial Mundo Latino.

Canavaggio, J. *Cervantes.* Barcelona: Espasa Libros, 2016.

Inca Garcilaso de la Vega. *La Florida.* Madrid: Alianza Editorial, 1988.

Leonard, I. *Los libros del conquistador.* Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Miró Quesada, A. *El Inca Garcilaso.* Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1948.

Neruda, Pablo. *Confieso que he vivido.* Barcelona: Seix barral/ Austral, 2011.

VVAA. *La Biblioteca del Inca Garcilaso de la Vega.* Madrid: BNE, 2016.